

buen hijo para con su madre? Y — lo que parece increíble — ¿de dónde nacen y cómo logran cabida en algunos corazones cristianos aquellos otros sentimientos de desamor, de suspicacia, de prevención contra la Iglesia y su autoridad, contra los superiores eclesiásticos, de primero y segundo orden, que no son más que esa misma Iglesia, personificada? ¿Sería posible que hagamos coro con sus encarnizados enemigos? Á la Iglesia, nuestra Madre, se la persigue, se la odia de muerte, se quiere destruirla y borrar hasta su nombre de la sobrehaz de la tierra: se la combate con todo género de armas, hasta las más vedadas, como son la difamación y la calumnia, el insulto y el sarcasmo. ¿Será razón, hermanos míos, que hijos reconocidos y leales de esa misma Madre, á quien confiesan deberle el ser y la vida sobrenatural, y de quien esperan la felicidad eterna, permanezcan indiferentes, apáticos, sin salir á su defensa y ponerse á su lado mirando de frente á los que la combaten? ¿Será que temen ser vencidos? Pero ahí está la promesa indefectible de victoria: *Portæ inferi non prævalebunt adversus eam*¹: los poderes infernales coadunados con los de la tierra, no bastarán á derrocarla; y aquellas consoladoras palabras: *Confidite, ego vici mundum*²: Tened confianza, yo he vencido al mundo, y vosotros también, al lado de mi Iglesia, venceréis.

Obediencia, pues, carísimos hermanos, á los mandamientos de la Iglesia, lo mismo que á los de Dios: fe en la palabra de la Iglesia, basada en la que debemos á la de Aquél que, con la plenitud de su poder, transmitió á la Iglesia su representación sobre la tierra,

¹ Matth. 16, 18.² Io. 16, 33.

diciendo: *El que á vosotros oye, me oye á mí; y el que os desprecia, á mí es á quien desprecia*. Haced esto, y viviréis.

CUARTO DOMINGO DE CUARESMA.

La Palabra de Dios y la sagrada Eucaristía.

De quinque panibus . . . satiavit Dominus quinque millia hominum.

Con cinco panes . . . el Señor hartó el hambre de cinco mil hombres.

Eccl. in off. huius Domin.

1. Ninguno de vosotros ignora, amados fieles, así el contenido del Evangelio de la presente dominica, como la alta significación del gran prodigio referido en las páginas del capítulo sexto de San Juan. ¿Quién no sabe, en efecto, que la multiplicación portentosa de cinco panes para alimentar á cinco mil hombres que perecían de hambre en el desierto, es expresiva y puntual figura de la multiplicación, aun más maravillosa, de la presencia de Cristo, hecho Pan vivo en la Eucaristía, para alimentar espiritualmente á todos los hombres de todo lugar y siglo, que se sienten aguijoneados por el hambre de la verdad y la justicia? Sí, hermanos míos, es indudable el designio de Cristo al presentarnos en el milagro de los cinco panes, una magnífica figura y un irrefragable argumento de la sagrada Eucaristía. Pero ¿qué relación, me diréis, y, sobre todo, qué relación útil y edificativa podemos descubrir el día de hoy entre la Eucaristía y la palabra de Dios, objeto especial de nuestras conferencias de la presente Cuaresma?

2. ¡Oh! muchas y muy importantes relaciones entre la palabra de Dios y la Eucaristía nos deja vislumbrar el mismo texto evangélico. *Yo soy el pan de vida,*

decía en esa ocasión Nuestro Señor, *quien viene á mí, no tendrá hambre; y el que cree en mí, no volverá á tener sed*¹. Ir á Cristo, Pan de vida, vale tanto, á mi entender, como recibirle en el Sacramento de la Eucaristía; y creer en Él, es lo mismo que recibir su palabra, también palabra de vida eterna: pero tanto el que cree como el que comulga reciben hartura y calma completa de espíritu; porque uno y otro se alimentan de un mismo manjar, aunque servido en diferente forma. ¿No descubris ya, hermanos míos, las más sorprendentes y sublimes relaciones entre esa divina palabra, cuya dispensación es el origen y primer motor de nuestra santificación, y el Sacramento eucarístico, cuya participación ha de consumir eternamente la obra de santidad efectuada en nuestras almas²? Ahondemos, pues, en esa rica mina que nos ofrecerá sólidas y provechosas consideraciones con que, más y más ilustrados sobre el valor inapreciable de la palabra de Dios, sabremos mejor estimarla y aprovecharnos de su eficacia, al mismo tiempo que aprenderemos á conocer las disposiciones con que debemos recibirla, que no son desemejantes de aquéllas que exige el Sacramento de la Eucaristía. Presentaré, pues, á vuestra consideración la palabra de Dios como alimento del espíritu, así como lo es la Sagrada Eucaristía, y alimento necesario para conservar la vida sobrenatural; como vianda incorruptible en sí, aunque envuelta, como el cuerpo de Cristo sacramentado, en corruptibles especies; como manjar, en fin, sobreabundante en la casa del Padre de familia, donde se dispensa, lo mismo que el Pan eucarístico, con munificencia digna de un padre y un monarca, concluyendo

¹ Io. 6, 35.² Hebr. 10, 14.

por deducir naturalmente las principales disposiciones con que es preciso aparejar el espíritu para oír con fruto sólido y copioso, y no dejar frustrada miserablemente por culpa nuestra la divina Palabra. Empecemos, sin otro preámbulo, que pedir al Padre de las luces las que tan de veras necesitamos.

I.

3. *Panis vivus et vitalis*, Pan vivo en sí mismo y fuente de vida para quien lo reciba, llama la Iglesia á la divina Eucaristía¹. Y la palabra de Dios es también llamada en la Escritura *palabra de vida eterna*², *espíritu y vida*³, y aun pan que dé la vida al hombre, según aquella sentencia del Salvador: *No vive de sólo pan material el hombre, sino de toda palabra salida de la boca de Dios*⁴. Ninguno de los creyentes ignora cuánta sea la necesidad de alimentarse del Pan eucarístico para poseer la vida divina, habiendo aseverado terminantemente Nuestro Señor: *Si no comiereis la carne del Hijo del hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis en vosotros la vida*⁵. Mas tampoco es lícito desconocer la necesidad, no menos absoluta, de alimentar el espíritu con la divina palabra, así para adquirir como para conservar esa vida sobrenatural que emana del Corazón de Dios. Reconocióla expresamente el sabio autor de la *Imitación de Cristo* cuando escribió: «Dos cosas siento que me son grandemente necesarias. . . . Detenido en la cárcel de este cuerpo, confieso que he menester de alimento y de luz. . . . Sin esto no podría bien vivir, porque la palabra de

¹ Eocl. in offic. SS. Sacram.² Io. 6, 69.³ Ibid. vers. 64.⁴ Matth. 4 4.⁵ Io. 6, 54.

Dios es la luz de mi alma, y el Sacramento es mi pan de vida, etc.»¹ Y en efecto, hermanos míos, ¿quién puede desconocer la necesidad que experimenta el espíritu inteligente de conocer la verdad, de alimentarse con ella para vivir según lo exige su naturaleza? ¿cuál es la vida de la inteligencia, sino el conocimiento de la verdad mediante la luz natural y sobrenatural que irradia de la verdad misma, y la hace penetrar en el entendimiento? Si éste no conoce la verdad, bien puede decirse que no vive, que yace sumido en tinieblas de muerte, pues apenas posee un destello de vida física, de vida virtual ó potencial.

Pues, para lograr este conocimiento de la verdad absoluta, de la verdad plena y completa, cuanto puede adquirirse en este destierro, y poseer así la vida del espíritu, también plena y perfecta; ¿no sabemos, por ventura, cuán indispensable sea el concurso de la palabra de Dios, según lo hemos visto ya desde la primera de nuestras conferencias? *El justo vive de la fe*, se nos ha dicho mil veces en nombre del Espíritu Santo; y ¿qué es vivir de la fe sino vivir de la palabra de Dios, objeto formal y material de esa fe? Y, por otra parte, ¿quién es el hombre que de verdad vive? como preguntaba el Real Profeta². ¿Quién es sino el justo? Porque el pecador bien sabemos que está muerto, por más que lleve el nombre y las apariencias de vivo³. Y ¿qué diré de la vida del corazón? ¿puede alimentarse en otra fuente que en la palabra de Dios? Si el corazón que ama es el que vive verdaderamente⁴, pues amar es la vida del corazón, ¿cómo se encienden las llamas del

¹ Imit. Christi lib. IV, cap. 2. ² Ps. 33, 13.

³ Apoc. 3, 1. ⁴ Io. 3, 14.

amor santo de la caridad que vivifica, sino con el soplo de la divina palabra? La oración es la fragua donde se caldea el corazón humano; pero no hay otro medio de encender esa fragua sino la palabra de Dios, tema inagotable y fecundo de meditación, según lo experimentaba el Real Profeta¹. ¡Qué deliciosas rodaban las horas para la amante Magdalena sentada á los pies del divino Maestro! Era porque estaba arrobada oyendo y escuchando las palabras que corrían de los labios de Jesús². ¡Qué amor el del corazón de María, encendido en la contemplación diligente de las palabras de su Hijo!³ Felices, pues, mil veces, exclamemos con el Salvador⁴, los que oyen la palabra de Dios, y la guardan acuciosamente dentro del corazón! Éstos viven con la vida verdadera, que es la que infunde en el alma el soplo del Verbo de Dios, según la sentencia del Apóstol Santiago: *Voluntariamente nos engendró con su palabra de verdad*⁵.

4. Y es tanta la eficacia de esta divina palabra, y tan maravillosa su virtud, que sin ella no es posible que exista medio alguno ó agente de vida sobrenatural, pues ella sola es la que vivifica todos los instrumentos instituidos y ordenados por Dios para dar vida á las almas. ¿Cuáles son estos medios sino los Sacramentos? Pero ya veis, amados fieles, que la palabra de Dios es la forma que todos los perfecciona, y sin la cual no hay sino materia informe y estéril. El mismo Sacramento del cuerpo de Cristo, destinado para servir de alimento principal del alma, no lo es sino en fuerza de la palabra que lo hace, consagrando el pan material, y aun

¹ Ps. 118 passim. ² Luc. 10, 39. ³ Luc. 2, 19.

⁴ Luc. 11, 28. ⁵ Jac. 1, 18.

después de hecho y perfecto, no vivifica, sino mata, si falta en el que lo recibe la palabra de Dios que da el espíritu de fe. De donde llega á decir el mismo Salvador, hablando de su propia carne sacratísima: *La carne no aprovecha nada; el espíritu es el que vivifica*¹.

Y fundado en esto, el gran San Agustín no teme asegurar que las mismas palabras con que Cristo instituye la Eucaristía, deben entenderse espiritualmente, y no de un modo material y carnal, sin que por eso dejen de significar la realidad del cuerpo y la sangre del Señor: *Spiritualiter intelligenda sunt*. Si así se entienden, son espíritu y vida para el alma fiel; entendidas carnalmente, son también espíritu y vida en sí, mas no para el hombre². Ahora bien, lo que da esa inteligencia, lo que descubre ese sentido espiritual de las cosas divinas, es la palabra de Dios, Dios mismo, Cristo substancialmente idéntico, según aquella frase de San Agustín: *Idem Christus in verbo et in carne*. Nada, pues, nos aprovecharía comer la carne de Cristo sacramentado, si juntamente no nos alimentáramos de su palabra. En rigor, todo es comer la misma vianda, y gustar de la misma bebida, conforme á las palabras del Apóstol: «Todos comieron el mismo manjar espiritual y bebieron la misma espiritual bebida, porque se alimentaban del milagroso jugo de la piedra, de aquella piedra que representaba á Cristo: *Petra autem erat Christus*³. Es, pues, uno mismo, aunque en la forma distinto, el alimento espiritual que ellos percibieron por la fe, y el que gustamos nosotros en la sagrada Mesa: nuestros padres comulgaron en figura, nosotros en realidad; ellos

¹ Io. 6, 64.

² Aug., Tract. 27 in Io.

³ I Cor. 10, 2. 3.

recibieron la vida, que nosotros, y se alimentaron, como nosotros de Cristo¹. ¿Quién no ve la necesidad de la palabra de Dios, comparable, según se desprende de todo lo expuesto, con la manducación eucarística, para adquirir y conservar la vida sobrenatural? Y ¿habrá quien la desprecie?

5. Pero esta vianda celestial, lo mismo que el cuerpo y la sangre de Cristo en la Eucaristía, es incorruptible en sí, por más que puedan corromperse los accidentes frágiles que le sirven de envoltura. De la Eucaristía canta la Iglesia en sus oficios: *Nulla rei fit scissura, signi tantum fit fractura*²: Nada se rompe ni se corrompe en la substancia, en el cuerpo y la sangre incorruptibles de Cristo, de Cristo inmortal y glorioso en el altar como en el cielo; solamente se alteran y quiebran las especies sacramentales, signos y figuras que envuelven, cual místico sudario, la immaculada Carne del Señor. Impasible é inmortal como es Jesucristo hoy en los cielos, es también invulnerable en el altar, de suerte que nada es capaz de causar en su cuerpo sacramentado alteración y corrupción alguna. Así también, hermanos míos, debemos tener por incorruptible é inalterable la palabra de Dios, á pesar de las vicisitudes humanas, en el curso de los tiempos y á través de los espacios. Entended bien esta importante doctrina.

La palabra de Dios, aunque envuelta y, como si dijéramos, encarnada en la palabra del hombre encargado de anunciarla, no participa, propiamente hablando, de las debilidades á que está sujeta la palabra humana de-

¹ Petra Christus in signo, verus Christus in verbo et in carne (Aug. l. c.).

² Off. SS. Sacram.

fectible, ni ha menester tampoco de que ésta le comunique belleza, vigor y energía avasalladora, cualidades que le son connaturales y propias, y que sólo puede obscurecer ó debilitar el instrumento humano de que aquélla se sirve para manifestarse. ¡Qué seguridad no debe infundirnos este pensamiento! No temáis, amados fieles, que esta palabra de vida haya de alterarse ó corromperse al pasar por el órgano del lenguaje de los hombres. La palabra de la Iglesia, verdadera palabra de Dios, según dejamos comprobado en nuestra anterior conferencia, no sólo es indefectible é infalible de derecho divino, digámoslo así, sino que también lo es y será de hecho, como lo ha sido hasta aquí, por testimonio irrefragable de la Historia. Y, en efecto, á través de diez y nueve siglos, tan varios en ilustración y cultura como en todas condiciones sociales, la verdadera Iglesia de Jesucristo (que no puede confundirse con otra alguna) ha enseñado siempre á los hombres la misma doctrina, profesando en alta voz los mismos dogmas y predicando con la palabra y el ejemplo la misma moral, sin desmentirse jamás ni retractarse, porque posee el depósito de la verdad revelada, la cual no puede sufrir alteraciones, ni está expuesta á mudanzas, por efecto de ningún clima, ni por influencia de raza, idiomas ó costumbres. Y por este mismo carácter comprobada de inmutabilidad y fijeza, esta palabra se revela por sí sola, divina, ni contaminada con las manchas de la palabra humana, ni realzada tampoco con las efímeras galas de la elocuencia. No han escaseado, ciertamente, defectos y aun desórdenes en la predicación, porque, al cabo, eran hombres los llamados á ocupar la cátedra del Espíritu Santo; advertido empero, que todas esas faltas, siempre accidentales y pasajeras, si bien

llegaron á empañar en algunas partes, nunca en todas, la seriedad y el decoro de la divina palabra, no alcanzaron jamás á envilecerla y desvirtuarla. Después de todo, ¿qué son esos defectos y miserias de alguna época de mal gusto literario, comparados con las magnificencias y esplendores con que en todo tiempo y en toda la extensión de la tierra ha brillado la oratoria sagrada, rayando á mayor altura que en el Areópago de Atenas y en el Foro romano?

Y, sin embargo, esas mismas prodigiosas grandezas de nuestros incomparables oradores, si bien lo observáis, palidecen y se eclipsan ante la sencilla pero sublime majestad del dogma y de la moral cristiana. Recordad cuanto se ha escrito por eminentes plumas sobre las bellezas de pensamiento y expresión contenidas en el Libro de los libros, en el Viejo y el Nuevo Testamento. Todo eso significa que la elocuencia, así cuando ha faltado como cuando ha acompañado á la predicación, no ha servido más que para demostrar la infinita distancia que media entre la palabra del hombre, siempre débil hasta en el apogeo de su grandeza, y la palabra de Dios, siempre luminosa y fuerte, aun entre las sombras de la rudeza y del desgreño del lenguaje humano. Sucede aquí algo análogo á lo que acontece con la variedad de los accidentes sacramentales: lo mismo y con la misma virtud está Cristo Señor nuestro bajo las especies de pan sin levadura, que usa, por tradición venerable, la Iglesia romana, que bajo las de pan fermentado, que usan, también lícitamente, los sacerdotes de la Iglesia griega.

6. Ved ahora, cristianos, con qué munificencia verdaderamente regia se nos distribuye en la casa del Padre de familias el pan de la divina palabra, no de